

# San Juan de Betsaida el hijo del trueno

Miguel Ángel Cárceles



Directora de la colección: Mercedes Álvarez

© 2001, by Miguel Ángel Cárceles y Editorial Casals, S.A.

Tel. 902 107 007

[www.editorialcasals.com](http://www.editorialcasals.com)

[www.bambulector.com](http://www.bambulector.com)

Diseño de cubierta: Bassa & Trias

Fotografías: © Aisa, © Album/akg-images.

Fotografía de la cubierta: © Aisa.

Tercera edición: marzo de 2011

ISBN: 978-84-218-4796-1

Depósito legal: M-7313-2011

*Printed in Spain*

Impreso en Anzos, S.L., Fuenlabrada (Madrid).

Cuaderno documental de Miguel Castañer.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org)) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra ([www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com); 91 702 19 70 / 93 272 04 45).

# Índice

<b>1</b>	<b>Encuentro en el Jordán</b>	<b>5</b>
<b>2</b>	<b>¡Hombres nuevos!</b>	<b>11</b>
<b>3</b>	<b>Una aventura divina</b>	<b>17</b>
<b>4</b>	<b>Cuatro buenos amigos</b>	<b>25</b>
<b>5</b>	<b>Milagros alrededor del lago</b>	<b>31</b>
<b>6</b>	<b>¡Un fantasma en el lago!</b>	<b>39</b>
<b>7</b>	<b>En el monte Tabor</b>	<b>47</b>
<b>8</b>	<b>¡Los hijos del trueno!</b>	<b>53</b>
<b>9</b>	<b>Un amor sin fronteras</b>	<b>61</b>
<b>10</b>	<b>Chismosos y chivatos</b>	<b>67</b>
<b>11</b>	<b>El amigo fiel</b>	<b>73</b>
<b>12</b>	<b>¡Podemos!</b>	<b>81</b>
<b>13</b>	<b>El frasco de alabastro</b>	<b>87</b>
<b>14</b>	<b>Juan, sacerdote</b>	<b>95</b>
<b>15</b>	<b>Los miedos de un cobarde</b>	<b>101</b>
<b>16</b>	<b>En la calle de la amargura</b>	<b>107</b>
<b>17</b>	<b>El sepulcro vacío</b>	<b>113</b>
<b>18</b>	<b>¡Es el Señor!</b>	<b>119</b>
<b>19</b>	<b>¿Me amas más que estos?</b>	<b>125</b>
<b>20</b>	<b>El primer milagro de Juan</b>	<b>131</b>
<b>21</b>	<b>La cárcel... ¡está vacía!</b>	<b>137</b>
<b>22</b>	<b>De Éfeso a Roma</b>	<b>143</b>
<b>23</b>	<b>Martirio y muerte de Juan</b>	<b>151</b>

## Encuentro en el Jordán

—¡Bethabara! —vocea con regocijo un joven beduino de tez ennegrecida.

—¿La casa de la barca? —pregunta un levita adormilado, desde la giba de su camello.

—¡La misma! —grita de nuevo el muchacho, volviendo la cabeza a su interlocutor y mostrándole la ausencia de varios dientes en su descuidada boca.

Bethabara es una pequeña alquería. Tan pequeña que solo la componen escasos edificios. La mayoría de ellos son posadas mediocres. Situada a siete kilómetros y medio de la embocadura del mar Muerto, acoge desde siempre a los que ascienden hacia el Moab cruzando las aguas del río Jordán. Unas veces en barca, cuando viene crecido por las lluvias o por el deshielo del monte Hermón. Otras, en épocas de sequía, a pie entre sus enormes piedras, gastadas y resbaladizas.

Al alba de aquella misma mañana los viajeros habían salido de Jerusalén. Desde la entrada del Templo se habían dirigido hacia la Perea, donde Herodes Antipas, hijo de Herodes el Grande, era Tetrarca. Tras abandonar

Jericó, los viajeros siguen hacia el río Jordán acompañados por el sueño y el cansancio. La brisa, que salta entre las palmeras, espabila sus ojos. Varios sacerdotes y levitas, acompañados de algunos fariseos, llevan una importante misión. Las autoridades judías los han enviado para preguntar a Juan, el que bautiza junto a la ribera del río, si es el Mesías esperado durante siglos. Los camellos se aproximan, cansinos, hasta el lugar. Los animales del desierto imprimen sus huellas sobre el polvo del camino, que solo el viento —fiel guardador de secretos— borrará enfurecido.

Los eucaliptos y las mimosas, los álamos, los sauces y los tamarindos, bordean el Jordán hasta sus aguas. La cinta verde del río serpentea perezosa al fondo del tajo abierto. Llegan, por fin, los viajeros.

—¡Majestuoso lugar! —exclama admirado un sacerdote que frisa los cuarenta años.

—¿Cómo es posible tanta belleza? —pregunta un levita con la sorpresa en los ojos.

—Por el viento, amigo mío —responde el mismo sacerdote.

—¿El viento? —reitera otro levita.

—¡Exacto! La erosión producida por el aire frío que llega desde el monte Hermón, por la ruta del Jordán, araña la tierra dejando en ella su huella.

En efecto. El agua ha socavado la arcilla y ha abierto en el cauce una profunda garganta. Multitud de cañas gigantes y de helechos difuminan, con su verdor, el amarillo intenso del cercano desierto.

Los viajeros han llegado al ribazo. Desde la altura habían contemplado la figura enjuta de Juan el Bautista,

que se encuentra ahora en el centro del río. El agua llega hasta su cintura. Un vestido, escaso y sencillo, de piel de camello, viste su cuerpo. Sus manos se han elevado cargadas de agua. Bautiza a un joven. Otros muchos esperan su turno. Algunos muestran en su cara la satisfacción de ser sus discípulos.

—¡Eh! ¿Quién eres tú? —pregunta un sacerdote, dirigiéndose a Juan y señalándole con el índice derecho.

—Yo no soy el Mesías —contesta ágil, respondiendo quizá así a su secreto deseo.

—¿Entonces, qué? ¿Eres tú Elías?

—Tampoco.

—¿Eres tú el Profeta?

—¡No! —grita, queriendo acabar con aquel interrogatorio, a todas luces molesto.

—¿Quién eres para que demos una respuesta a los que nos han enviado?

—Decidles que soy la voz de Aquel que clama en el desierto —afirma con soltura.

—Pues, ¿por qué bautizas si tú no eres el Cristo, ni Elías, ni el Profeta?

—Yo bautizo con agua, pero en medio de vosotros está uno a quien no conocéis.

—¿Que no le conocemos? —pregunta indignado un fariseo sabelotodo, herido en su orgullo.

—¡Eso he dicho! Él es el que viene después de mí, a quien yo no soy digno de desatar la correa de sus sandalias —sostiene el Bautista con firmeza, y en presencia de sus discípulos Juan y Andrés que, atónitos, contemplan la escena.

Tiene Juan el Bautista fama de santo. Algunos llegan a pensar si no será el Mesías esperado. Por este motivo, las autoridades judías de Jerusalén envían personajes cualificados —sacerdotes y levitas— a fin de conocer si es él el anunciado por los Profetas. Es tan grande su prestigio, que varios discípulos le siguen y viven sus enseñanzas. Entre ellos se encuentran Juan, Andrés y su hermano Simón. Los tres son pescadores de Betsaida, la población norteña que vive y duerme junto al mar de Galilea.

Al día siguiente:

—¡Mirad! —señala el Bautista a sus discípulos Juan y Andrés—. He aquí el Cordero de Dios.

—¿El Mesías? —pregunta Juan, entre sorprendido e ilusionado.

—Sí.

—¡Vamos tras Él! —anima Juan a su amigo Andrés, mientras su corazón late con fuerza.

Camina Jesús hacia ellos por entre las pequeñas piedras, allí donde el agua se hace espuma al besarlas. El lugar es asombrosamente bello. El tajo del Jordán, gloria y orgullo de todo israelita, serpentea entre el verde de los álamos, sauces y tamarindos. En gran parte de su curso sus márgenes permanecen sin cultivo. Pero, al salir del lago galileo y al llegar al mar Muerto, el valle se dilata y los manantiales brotan abundantes. El desierto ¡florece! Allí mismo, junto a Bethabara, se halla la casa de la barca, cercana a un bosque de palmeras y a un monte de maderas olorosas, riqueza de la comarca.

—¿Qué queréis? —pregunta quien, a su vez, busca corazones audaces, hambrientos de aventuras divinas.

—Maestro, ¿dónde vives?

—Venid conmigo y lo veréis.

Juan va tras Él junto con Andrés, que también le sigue. Son momentos llenos de una emoción profunda e intensa. Instantes que solo conocen los que caminan junto a Jesús. Juan le observa absorto. A medio camino, encuentra los ojos de Cristo, que también le mira. ¡Qué suerte la de poder cruzarse con tan extraordinaria mirada! Alegre, llena de paz, amistosa, penetrante... El momento, que jamás será borrado por el tiempo, queda escrito en su corazón. El sol señala las cuatro de la tarde.

En aquellas horas primeras, inolvidables, Jesús les abre su corazón con la espontaneidad del amigo. Parece que siempre se hubieran conocido. Surgen, entonces, las primeras confidencias. Jesús va revelándose poco a poco.

—Yo soy —les dice—, aquel de quien escribieron Moisés y los Profetas: Jesús de Nazaret, el hijo de José.

Las palabras de Jesús penetran en el corazón de Juan. En un corazón joven, de apenas diecinueve años. Soñador. Entero. No destruido por el desaliento ni por el vicio. Atraído por la verdad y por la justicia. Encandilado por la libertad, la belleza y la bondad. En un corazón noble, lleno de grandes ideales y de esperanzas profundas. Solo en nidos como ese pueden nacer las grandes aventuras concebidas en el corazón de Dios.

De este encuentro entrañable, salen los dos jóvenes llenos de entusiasmo por haber encontrado al Mesías. Andrés, feliz y conmovido por el hallazgo, busca a su hermano Simón y lo lleva a Jesús. Poco a poco se va ensanchando el grupo de amigos. Al día siguiente Jesús y sus

nuevos amigos se dirigen a Galilea, ciudad situada al norte del país. Durante el largo trayecto —más de cien kilómetros— el Señor ha ido encendiendo el corazón y la vocación de estos hombres que ya han empezado a quererle. Así le seguirán, porque sin amor es imposible embarcarse en tamaña aventura. Por el camino encuentran a Felipe, natural de Betsaida. Como Juan, Andrés y Simón. Cuando llegan a este rincón de la costa, Felipe busca a Natanael, su amigo, natural de Caná, y le transmite la gran noticia:

—Hemos encontrado a aquel de quien escribieron Moisés y los Profetas, a Jesús de Nazaret, el hijo de José.

—¿Acaso —pregunta Natanael con desdén— puede salir algo bueno de Nazaret?

—Ven y verás —contesta Felipe a su escéptico amigo.

Cuando se aproximan, Jesús, que los ha visto, elogia la sinceridad de Natanael.

—He aquí —dice— un verdadero israelita en quien no hay doblez.

—¿De qué me conoces? —pregunta Natanael admirado.

—Antes de que Felipe te llamara, cuando estabas bajo la higuera, yo te vi.

—Maestro —afirma Natanael, dando un respingo—, tú eres el hijo de Dios, tú eres el rey de Israel.

—¿Porque te he dicho que te vi bajo la higuera, crees? Cosas mayores verás.

Nadie escapa a la mirada de Jesús. Desde lejos ha visto a Natanael que, momentos antes, quizá leía la Escritura sentado bajo una de las numerosas higueras. Sus ojos han penetrado en su corazón, cuando el campesino de Caná, posiblemente, tomaba una resolución generosa y noble.